

Alicante

LAS CIUDADES TAMBIÉN MUEREN



Momentos de Alicante
Gerardo Muñoz

Hace treinta años, mientras contemplaba el yacimiento de Lucentum desde una de las ventanas traseras de mi piso en La Chicharra, recuerdo que aquellas ruinas se me antojaban una tumba gigantesca. A ras de suelo puede parecer una analogía un tanto forzada, pero desde lo alto la perspectiva es muy diferente: las piedras semejan huesos; los restos de muros, partes de un esqueleto; y el conjunto del yacimiento, una sepultura expoliada. Y recuerdo que me preguntaba cuál sería la causa de la muerte de aquel gigante exhumado, de aquella ciudad desenterrada. Porque las ciudades también mueren. Supuse que los habitantes habían trasladado la ciudad a la falda del monte Benacantil. Y aunque seguramente algunos descendientes de los lucentinos fundaron una nueva ciudad en el actual casco antiguo de Alicante, ahora sé que eso ocurrió mucho tiempo y muchas generaciones después. Entonces, ¿de qué murió Lucentum?, ¿por qué fue abandonada por sus pobladores?

Efectivamente las ciudades también mueren, pero casi nunca por causa traumática. Pueden sufrir cataclismos naturales tan terribles como los terremotos o ser arrasadas por hordas enemigas, pero si las razones por las que fueron construidas persisten, son reconstruidas. Hay multitud de ejemplos a lo largo y ancho de la Geografía y la Historia. Y, al contrario de lo que sucedió con la ciudad ibero-púnica sobre cuyas ruinas fue levantada Lucentum, ésta no fue destruida por un ejército enemigo.

¿Cuáles son esas razones por las que se fundan ciudades y, aunque éstas padezcan catástrofes y saqueos, son reconstruidas si aquéllas perduran? Son siempre razones económicas; y a la sazón, más concretamente, comerciales.

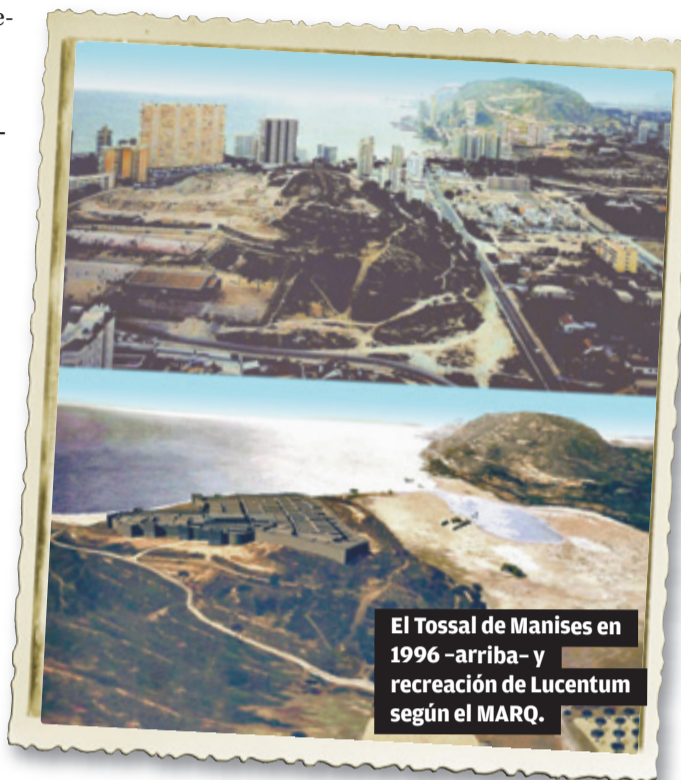
El muelle de Lucentum se hallaba en la Albufereta, a los pies de la vertiente occidental del Tossal de Manises. Tenía 48 metros de longitud y un calado no superior a 150 centímetros. No era, pues, un muelle para grandes embarcaciones, ni siquiera para barcos de cabotaje, sino para botes que traían y llevaban personas y mercancías de las naves que fondeaban fuera de la Albufereta. Hace dos mil años, ésta era ya prácticamente una laguna interior, separada del mar y cada vez más colmatada, por lo que el muelle romano estaba condenado a la inutilidad. ¿Fue esta la enfermedad por la que murió Lucentum? Desde luego que no. Era una enfermedad, pero no mortal. De haberlo necesitado, los lucentinos podrí-

an haber construido un nuevo puerto en la costa, cerca de su ciudad. Pero no lo hicieron. ¿Por qué?

Guiados por **Marco Popilio Onyx**, en otro momento conocimos Lucentum por dentro cuando estaba en pleno apogeo, a mediados del siglo I d. C. No era una ciudad muy rica ni grande, pero **Augusto** le había otorgado el título de municipio y contaba con un vasto territorio que abarcaba algo más de lo que ahora es la comarca de l'Alacantí. Aunque estaba comunicada con la principal arteria terrestre de la época, la Vía Augusta (calzada romana que iba desde los Pirineos hasta el Estrecho de Gibraltar), se encontraba bastante apartada de ella, pues se llegaba a través del ramal que pasaba cerca de Aspis (Aspe). El camino rodeaba la Albufereta por el norte y bordeaba el Tossal de Manises por su vertiente oriental, concluyendo en la puerta principal de Lucentum. No tenía, por tanto, buenas comunicaciones terrestres, pero poseía un puerto que la mantenía en contacto con el resto del Mediterráneo.

A través de este puerto se realizaba el intercambio mercantil que sostenía a la ciudad. Importaba productos procedentes de diferentes lugares del imperio romano y exportaba los que eran traídos desde las tierras del interior o que se producían aquí mismo, en el territorio lucentino, agrícolas y pesqueros, principalmente. Porque, alrededor del núcleo urbano de Lucentum, además de necrópolis (la principal se encuentra hoy bajo las urbanizaciones Fapegal y Parque de las Naciones), había otros asentamientos romanos.

La vertiente noroeste del Tossal de Manises es bastante abrupta, pero las demás caen más suavemente hacia el mar y el llano circundante. Y es por estas vertientes por las que se expandió la ciudad, formándose barrios suburbanos. Al pie de las laderas sur y sureste, junto al mar, había numerosas edificaciones: factorías, almacenes y viviendas. En un borde peñoso (donde hoy se levanta el edificio Alfin), todavía son visibles restos de balsas talladas en la roca que los arqueólogos creen pertenecía a una factoría de salazones. A seiscientos metros al este de es-



El Tossal de Manises en 1996 -arriba- y recreación de Lucentum según el MARQ.

tos restos (en el lugar denominado Almadraba, junto al desaparecido Camping Bahía), había otros vestigios de similares características. «Da la impresión que en el Alto Imperio la bahía de La Albufereta se vería desde el mar salpicada de construcciones en la misma costa y, detrás de ella, coronando el promontorio, la ciudad. Aunque de manera menos rotunda, evocaría aquella cita de **Plinio el Joven** (Ep. 2, 17, 27): los techos de las villas, ya contiguas, ya separadas, adornan la costa con una variedad gratísima. Vistas desde el mar o desde la ribera presentan el aspecto de una multitud de ciudades», escribe **Manuel Olcina** en el libro titulado «Lucentum».

Por las vertientes norte y este del cerro los vestigios hallados son de edificios, más o menos próximos, dedicados tanto a la producción agrícola («pars rustica») como a residencias («pars urbana»). Son las llamadas villas, muchas de las cuales bordean una zona que se supone era un marjal, o una parte desecada de este marjal, debidamente abonada y cultivada.

En la calle Rómulo se ha excavado una villa de grandes dimensiones, en la que han aparecido incluso unas pequeñas termas. A cien metros al norte, en la calle Olimpo, se excavó otra villa en cuya parte rústica se hallaron indicios de una prensa para aceite o vino. Y en el Parque de las Naciones se descubrió hace años una villa con una exten-

sión aproximada de 15.000 metros cuadrados, con una almazara y sus instalaciones complementarias en la parte rústica, y una zona residencial, ubicada en el área del Camping Lucentum, con espaciosas estancias decoradas con pinturas murales.

Más hacia el este y también más aisladas, se han descubierto otras villas romanas cuyas excavaciones son conocidas con el nombre de las edificaciones actuales: El Molino, Castillo Ansaldo, Balsa de la Finca Castillo, Casa Ferrer II. A 350 metros al nordeste de esta última se localiza la llamada Casa Ferrer I, la villa con mayor superficie hasta ahora excavada: 1'5 hectáreas.

También en el Tossal de les Basses, al otro lado de la Albufereta, los arqueólogos han encontrado varias villas romanas. Una de ellas con prensa para aceite o vino y un horno para hacer cal. Otra con un horno para hacer vajillas de cerámicas y un almacén.

Algunas de estas villas perdurarían hasta el siglo V o VI d. C., sobreviviendo así a Lucentum. También lo harían otros asentamientos romanos localizados en el actual barrio de Benalúa (Antigons) y en la falda del Benacantil, en cuya cima debió haber una atalaya defensiva.

En el último cuarto del siglo I d. C. se inició el declive de Lucentum. A solo 20 kilómetros de distancia, la colonia romana de Illici experimentó un crecimiento económico espectacular, tras la llegada de legionarios veteranos que se repartieron suelo cultivable e incrementaron la producción agraria, bajo la protección de **Estatilio Tauro**, un personaje con gran influencia en Roma. La construcción del «Portus Illicitanus» (Santa Pola) y el hecho de que la Vía Augusta pasara por la colonia, proporcionaron a los ilicitanos una comunicación exterior mucho mejor que sus vecinos lucentinos. Y su economía creció hasta el punto de ganarse el derecho a acuñar monedas en su propia ceca. Esta competencia económica tan poderosa y cercana (a la que se sumó la que presentaba más al norte la también próxima ciudad costera de Allon, en la actual Villajoyosa) provocó el hundimiento mercantil, paulatino pero inexorable, de Lucentum. A mediados del siglo II era prácticamente inexistente la llegada de productos comerciales y, poco a poco, los lucentinos fueron abandonando su ciudad. Hay muchas pruebas de ello. En el último cuarto del siglo II, por ejemplo, fue abandonada la conocida como Casa del Peristilo, la más grande de Lucentum. Y a finales del siglo III el abandono ya era completo.



Recreación de la villa Casa Ferrer I.